

El Salvador: la creatividad desamparada

Willian Carballo

I. La guerra: un antes y un después para las industrias creativas salvadoreñas

1992 fue una fecha que marcó un antes y después en muchas facetas de la realidad salvadoreña, incluyendo las industrias culturales creativas. Ese año se firmaron los Acuerdos de Paz. Estos pusieron fin a más de una década de un conflicto civil que frenó el desarrollo económico, concentró la atención en los procesos bélicos y políticos en perjuicio de otros sectores y generó flujos de emigración que incluyeron la fuga de talentos en diversas áreas. Una vez acabada la guerra, además del surgimiento de instituciones que posibilitaron el germen de una sociedad democrática, hubo un renacer en muchos terrenos. Uno de ellos fue el cultural y artístico. No es que estos campos se hubieran borrado por completo durante los años ochenta, se podría decir que hasta entonces solo vivían a expensas del poco interés mostrado por parte de las autoridades y, en algunos casos, incluso bajo la censura, además de ser víctimas de una limitada oferta para formarse y pocas opciones de difundir sus producciones a los públicos.

Ya en paz, los artistas plásticos y literatos podían asociarse con más libertad, los bares pudieron ampliar la oferta para música en vivo alentando así la creación de bandas, las universidades empezaron a recibir más jóvenes hambrientos de nuevas carreras y los medios de comunicación comenzaron a multiplicarse y ampliarse, generando así también más espacios de difusión cada vez más especializados. La sociedad despertó cultural y artísticamente. Televisión, radio, diseño, escultura, pintura, museos, teatros –y más tarde, videojuegos, libros electrónicos, periodismo digital y transmisiones web–, pintaron con una amplia paleta de colores el paisaje creativo salvadoreño.

Por supuesto que no todo ha sido de color de rosa desde entonces. Estas industrias, como otras, no despiertan de un año para otro, y menos en un país que aún en la segunda década del siglo XXI sigue ocupando buena parte de sus fuerzas para resolver problemas económicos y de violencia heredados por la guerra y los desaciertos de los gobiernos posteriores. La formación profesional sigue siendo un escollo importante y el apoyo estatal es aún incipiente. Además, el público participa

poco del consumo, debido al acceso limitado a la oferta y la falta de formación para valorar la cultura.

De esta forma, el recorrido propuesto a continuación incluye una revisión actualizada por parte del estado de las industrias culturales creativas en El Salvador, cada uno de los sectores, de acuerdo a lo establecido por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). En cada área, incluyó los principales recursos, los activos y actividades, los indicadores educativos y económicos y los puntos fuertes y débiles. Para ello, se revisaron investigaciones académicas, registros oficiales e informes recientes, aunque con las limitaciones propias debido a la existencia de pocos estudios al respecto y falta de información actualizada por área.

II. Las joyas del patrimonio

El patrimonio cultural declarado de El Salvador está compuesto por un total de 1.810 bienes culturales, materiales e inmateriales, de acuerdo a un informe proporcionado por el Departamento de Registro de Bienes Culturales de la Secretaría de Cultura de la Presidencia de El Salvador (SECULTURA). Mientras que a nivel internacional, la Unesco ha reconocido al país un solo lugar como patrimonio de la humanidad: el yacimiento arqueológico Joya de Cerén.

El informe gubernamental contabiliza, además, 1580 registros bajo la categoría de bienes culturales. Incluye museos, yacimientos arqueológicos, barrios urbanos tradicionales, parques y sitios históricos como El Mozote, una localidad al norte del país donde los militares llevaron a cabo una de las más grandes masacres durante el conflicto armado en los años ochenta.

Sin embargo, dicho documento de SECULTURA registra otros bienes materiales e inmateriales bajo categorías más específicas, que bien fueron tomadas por acuerdos legislativos, ejecutivos o resoluciones internas. Así, se registran 47 monumentos nacionales. Estos incluyen, principalmente, templos católicos en diferentes zonas del país, tumbas donde descansan los restos de figuras históricas de la nación, teatros y otras estructuras de interés para la patria.

En el apartado arqueológico, se han declarado siete monumentos. Estos son los de Cara Sucia, Casa Blanca, El Trapiche, San Andrés, Cihuatán, Tehuacán y Quelepa. Hay, además, cinco lugares históricos, tres monumentos históricos nacionales, siete sitios históricos y un centro histórico declarado, el de San Salvador, la capital, actualmente en restauración.

En cuanto a los bienes culturales inmateriales, los registros dan cuenta de siete. Se incluyen la celebración de la Semana Santa en la occidental ciudad de Chalchuapa; la procesión conocida como “la bajada”, que es la transfiguración de El Salvador del Mundo, patrono de San Salvador; la transformación de la caña de azúcar en dulce de panela y la danza del tigre y el venado, de San Juan Nonualco, población tradicional del sur del país.

También destaca un patrimonio cultural religioso: la celebración de la Semana Santa en Sonsonate, al oeste de El Salvador. Mientras que hay declarados dos patrimonios culturales inmateriales: la ceremonia de los talcigüines, en Texistepeque (Santa Ana) y la celebración del día de los farolitos, en Ahuachapán (también al oeste). Por último, SECULTURA registra 144 bienes culturales muebles, donde se encuentran obras literarias de autores conocidos como Roque Dalton y Francisco Gavidia, al igual que obras pictóricas de artistas plásticos como Camilo Minero y Julia Díaz, entre otros.

La Joya de Cerén fue declarada Patrimonio Cultural de la Humanidad por la Unesco en 1993 y está ubicado en San Juan Opico, La Libertad, al oeste de la capital. Su importancia se debe a que es el único área en la región mesoamericana con evidencias de la vida cotidiana de los habitantes de la zona. Data de hace 1400 años.

Sobre los museos, SECULTURA se encuentra en proceso de elaboración de un directorio nacional. Los datos, aún no depurados, reflejan 49 centros de este tipo. De estos, catorce son estatales, ocho institucionales, trece privados y el resto comunitarios. Un estudio previo del Observatorio Iberoamericano de Museos (OIM), de 2103, estableció que había una media de 211 548 habitantes por museo, aunque en su censo solo tomó en cuenta 31 instituciones. Si se actualiza el dato a los 49 registrados en la actualidad, la media de habitantes por museo es de 133.836.

Pese a la cantidad de sitios patrimoniales, visitarlos no forma parte de la agenda de la mayoría. De acuerdo a un estudio de hábitos culturales de la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI), publicado en 2014 y con datos de 2013, el porcentaje de salvadoreños que no ha visitado lugares patrimoniales en los últimos 12 meses es del 69 %. Además, el porcentaje de personas que no ha asistido a celebraciones comunitarias de eventos culturales o históricos en los últimos 12 meses es alto, un 72 %.

De igual forma, también es importante fomentar la formación de profesionales expertos en áreas como la arqueología, historia, antropología y otras áreas de las humanidades, para así propiciar la protección, resguardo y promoción. Este apartado tampoco es halagador. Los datos de un informe del Ministerio de Educación salvadoreño (2017) indican que, para 2016, se matricularon en alguna carrera universitaria vinculada a ciencias humanidades 10 975 estudiantes. Sin embargo, es importante matizar que, de ellos, más de 8500 estudiaban idiomas, principalmente inglés. En cambio, de ellos solo 32 se especializaban en arqueología, 162 en historia y 211 en antropología. Y aunque hay personas estudiando estas especialidades en el extranjero, no es posible precisar el número.

III. Iluminación y sombras sobre las artes escénicas

Las artes escénicas, como otras industrias culturales en El Salvador, tienen sus luces y sombras. Por un lado, mucho talento y una variada oferta e iniciativas independientes y alternativas; por el otro, falta de programas de capacitación pro-

fesional, limitado apoyo del Estado y poca difusión y restringido acceso de la población a las obras, entre otros aspectos.

Dentro de estas artes, donde tenemos más información es sobre el teatro. En cuanto a las producciones, una investigación de Salomón y Córdova (2015) las divide en diferentes categorías. Una de ellas son las profesionales, entendidas como las que cuentan con montajes de calidad y sostenibilidad económica, entre las que se incluyen 15 compañías que habían montado hasta ese año cerca de 200 obras. También, destacan las universitarias, concentradas en cuatro centros de estudio superior y que han producido unos 160 montajes. Finalmente, incluyen las comunitarias o didácticas, en las que mencionan cuatro compañías y 50 obras.

Los espacios de representación, por su parte, suelen ser pocos y concentrados, salvo excepciones, en las grandes ciudades. Existen, según los citados autores, 15 sedes, entre teatros patrimoniales de gran tamaño, auditoriums y otros espacios alternativos. Todos ellos suman 5957 butacas.

Otro escollo es la formación profesional. La posibilidad de estudiar teatro se concentra principalmente en el Centro de Nacional de Artes (CENAR) a través de una diplomatura o bien en los esfuerzos particulares de universidades o academias apoyadas por la cooperación internacional. Destaca, sin embargo, el Técnico en Artes Dramáticas, de la Universidad José Matías Delgado.

En cuanto al Estado, este se limita a la concesión de fondos para financiar proyectos, como los que brinda SECULTURA o la Alcaldía de San Salvador. Además, y según Salomón y Córdova (2015), el Gobierno central evaluó en su momento crear la Compañía Nacional de Teatro; sin embargo –aseguran citando a De la Ossa– se le dio prioridad a la Compañía Nacional de Danza, porque esta última “contaba con una sólida institución nacional de formación y el teatro no” (p. 113).

En efecto, ya en 1951 había sido fundada la Escuela Nacional de Danza, como la primera de ballet clásico en el país, según la página web oficial de SECULTURA. Desde entonces, su trabajo ha sido sumamente valioso en la formación de bailarines. Actualmente se divide en danza clásica, danza contemporánea, danza folclórica y pre-danza. También ofrece capacitaciones y una diplomatura. Junto a ella, existen centros privados que brindan formación, sobre todo a niños, niñas y jóvenes.

En el apartado operístico, la iniciativa más conocida es la de la Asociación Ópera de El Salvador (OPES). Se trata, según su página web, de una organización no gubernamental de naturaleza educativa, artística, cultural y benéfica, cuyo propósito primordial es la formación de personas, en particular jóvenes y niños, en el arte del canto en sus distintos géneros, clásico y popular.

Para finalizar, el gran reto, además del apoyo estatal y la formación, es lograr que estos espectáculos escénicos lleguen al público. De acuerdo a la OEI (2014), ocho de cada 10 salvadoreños nunca ha ido al teatro. El trabajo a realizar, pues, es mayúsculo.

IV. La cumbia y el rock de la esperanza

La música popular salvadoreña ha estado tradicionalmente marcada por una frontera imaginaria entre la llamada música “juvenil” y la música tropical. La “juvenil” se ha asociado siempre al rock, al pop, al rap, el reggae y en los últimos años al reggaetón; mientras la segunda está representada por los grupos de cumbia, sobre todo, aunque también de salsa, merengue y, más recientemente, de música norteña y de bachata. Dichas etiquetas tienen que ver más con quien escucha que con la edad de los intérpretes.

La música tropical –y en concreto la cumbia– ha sido lo más parecido a una industria en las últimas décadas. Aunque su origen en El Salvador se sitúa en los años 50-60, el principal “boom” tropical ocurrió en los años noventa. En esa época surgieron decenas de orquestas especializadas en cumbia. Estas llegaron a producir al menos un disco al año, sonaron con cotidianidad en las radios y, sobre todo, celebraron giras artísticas por los pueblos y ciudades de todo el país. A todo ello, hay que sumar que muchos también aprovecharon el creciente mercado compuesto por los migrantes salvadoreños radicados en Estados Unidos, donde fueron a tocar.

Hoy, ese “boom” ha decaído. Sin embargo, sobreviven algunas producciones tropicales esporádicas que suenan menos en las radios, excepto en épocas de fiesta como Fin de Año. También estas orquestas siguen siendo contratadas para amenizar las fiestas patronales por todo el país e incluso continúan explotando la presencia de salvadoreños en el exterior. Además, muchos de los grupos tropicales aún padecen de un mal que no ha variado con el paso de las décadas: el apostar poco por la música original y acomodarse a versionar éxitos de artistas internacionales. Según Merino, una investigación de *La Prensa Gráfica* determinó, por ejemplo, que de 102 canciones tropicales salvadoreñas editadas en 2005, solo 37 fueron originales.

Por otro lado, la “música juvenil” sí ha tratado de apostar más por la producción propia, al menos en la época post Acuerdos de la Paz. Sus representantes tocaban principalmente rock pesado, rock latino, ska-pop. Esto permitió que las agrupaciones de los años 90 experimentaran una época dorada, gracias al surgimiento de bares con música en directo, el apoyo de algunas radios y la celebración de festivales, como indica Rosales. Una nueva generación ha mantenido vivo ese legado en los últimos años. Solo que, esta vez, poco a poco, géneros como el reggae, el rap e incluso en reggaetón se han colado.

Pese a que, como en efecto planteaba Rosales, algunas radios apoyaban –y aún lo hacen– al artista local, es importante matizar que se trata de una minoría. De hecho, muchos de los artistas de estos géneros “juveniles” han reprochado el poco respaldo que las emisoras les brindan para poner sus canciones. Pusieron grandes esperanzas en la Ley de Cultura aprobada en 2016. Sin embargo, no estableció porcentajes de programación en radio dedicados a la producción salvadoreña, como muchos músicos esperaban, y se limitó a un vago artículo 97: “Todas las estaciones de radio que ocupen el espacio radioeléctrico del país podrán programar música nacional en programación regular”. Aun así, algunos de ellos han logrado gracias

a la perseverancia, el talento y a las buenas relaciones públicas, cierta presencia mediática e incluso se han establecido en el gusto de la audiencia, lo que les ha permitido realizar giras artísticas en el interior del país y en Estados Unidos, como sus “hermanos tropicales”.

Aquellos que producen pop, rock y demás –al ser la mayoría jóvenes–, así como algunos tropicales, también han sabido sacarle jugo a las nuevas tecnologías. Muchos de ellos ofrecen su repertorio a través de sistemas en línea como Spotify o iTunes; o bien producen videos y los suben a YouTube. De esta manera, dichas plataformas les han permitido saltarse los medios locales y trascender fronteras.

Otro factor que ha afectado el surgimiento de una industria local es la falta de formación profesional a nivel local, no solo de músicos sino también de ingenieros de audios o productores. Un punto de quiebra importante en este tema fue el cierre del bachillerato en Ates, en 1997. A partir de ahí, los estudios en la materia quedaron relegados a cursos, diplomaturas o al trabajo de escuelas privadas. En la última década, los esfuerzos de organizaciones sin ánimo de lucro han permitido a los jóvenes aprender solfeo y a tocar instrumentos musicales. También hay jóvenes becados fuera del país.

Muchos de los trabajos formativos locales están vinculados con alejar a los jóvenes de las pandillas, fenómeno social que no es la única pero sí la principal causa de inseguridad en el país. Así han surgido algunas orquestas sinfónicas juveniles con sede en zonas conflictivas, como la Orquesta Juvenil Don Bosco, en la colonia Iberia, de San Salvador. La misma Secretaría de Cultura impulsa un Sistema de Coros y Orquestas Infantiles y Juveniles de El Salvador, en el que, según la página web de la dependencia presidencial, la enseñanza “contribuye a la prevención de la violencia”.

La buena noticia, sin embargo, es que en 2018 el Ministerio de Educación lanzó el bachillerato Técnico Vocacional en Música. Este, aunque funciona solo en cuatro instituciones, es un primer paso para retomar la profesionalización de estos artistas y pensar en un futuro más prometedor.

En total, y según una sistematización realizada por Rosales, existen 459 músicos en El Salvador, de los cuales la mayoría (221) se concentra en la capital. Su recuento, como ella misma aclara, no es total, pues en algunos casos tomó “agrupaciones musicales” como una unidad, cuando pueden conformarlas varios integrantes. Además, debido a la poca información, añade, tampoco pudo diferenciar entre profesionales y aficionados. Eso sí, la mayoría son de corte popular.

Finalmente, gran parte de la población tampoco acompaña los esfuerzos. Ocho de cada diez salvadoreños dicen no haber asistido a un recital o concierto en vivo en los últimos doce meses (OEI, 2014). Es importante recordar que la mayoría de los grandes espectáculos musicales en El Salvador son amenizados por artistas internacionales. Ahí, los locales solo actúan como teloneros, es decir, abren los espectáculos.

V. La colectividad de las artes visuales y artesanías

La guerra también marcó mucho a las artes visuales. Como señala Mayra Barraza,¹ al finalizar el conflicto en los noventa, “una generación completa de artistas e intelectuales se habían ido [...] y aquellos que sobrevivieron tenían un instinto de buitres [voracidad, más que solidaridad]”. El paso de los años —agrega la artista— permitió que hubiera “mucho más conciencia del rol del arte como un vehículo poderoso para explorar ideas”.

Argüello (2017) coincide que, en los años recientes, los nuevos valores con propuestas interesantes “se eslabonan al arte universal” y demuestran “que El Salvador ha sabido asumir las nutrientes corrientes de la historia”. Según esta autora, esa visión se puede aplicar a la escultura, pintura, fotografía y las instalaciones.

En el caso concreto del arte contemporáneo, la presencia de colectivos ha sido clave. Sobresalieron algunos como Bajo Tierra, Hétero y Adobe, ya desintegrados, según Breukel y Vega (2014). Actualmente funciona, entre otros, La Fábri-K. Esta fue fundada por un grupo de artistas para poder compartir espacios y oportunidades de exhibición y hoy opera como una asociación. De acuerdo a una de sus fundadoras, la artista Mayra Barraza señala que “Los colectivos son el futuro y el presente de la comunidad artística”, pues la solidaridad entre ellos les permite hacer frente a los retos que se presentan.

Retos hay muchos. Y uno, precisamente, es la falta de unidad del gremio. Esto es lo que, según el artista Héctor Hernández,² propició que la Asociación de Artistas Plásticos de El Salvador (ADAPES) dejara de funcionar. Según él, aunque se intentó “un conato de sindicato”, poco a poco, “la gente se fue yendo”. Por esa razón, es difícil tener un censo de cuántas personas se dedican a estas ramas del arte en El Salvador.

En cuanto a los espacios de exhibición, aunque existe variedad de galerías y museos, sobresale una iniciativa por su envergadura: el Museo de Arte de El Salvador (MARTE). Este, fundado en 2003, exhibe una muestra permanente de arte salvadoreño desde mediados del siglo XIX hasta hoy.

Veamos ahora brevemente a los artesanos. Este grupo se ha visto beneficiado como colectivo en los últimos años por una fuerte apuesta estatal, que incluye la creación de leyes que suponen un importante beneficio para su labor. La Ley de Protección, Fomento y Desarrollo Artesanal, aprobada en 2016, señala la Comisión Nacional de la Micro y la Pequeña Empresa (CONAMYPE) como ente rector y obliga a buscar fuentes de financiación para este sector. También, se reformó la Ley FANTEL (fondos obtenidos gracias a la venta de la antigua institución pública de telecomunicaciones), que permitió que de 770000 dólares anuales se pasara a apoyar con 2.700000 dólares al gremio.

1. Citada en Breukel y Vega, 2014, p. 22.

2. Citado en Equilibrium, 2017.

Por otra parte, CONAMYPE desarrolla la estrategia “Un pueblo, un producto”. Esta busca desarrollar las economías locales a través del impulso de productos propios de la localidad, entre ellos, artesanías. En el año 2018, 95 de los 262 municipios del país están envueltos en este programa y han logrado 5.7 millones de dólares en ventas desde 2014, según dicha Comisión.

VI. Una lectura aún pendiente para la industria editorial

La industria del libro en El Salvador es una de las menos desarrolladas en Centroamérica. Los indicadores del Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (CERLALC) colocan al país solo por encima de Honduras y Nicaragua.

Las palabras de Pleitez resultan pertinentes para explicar ese fenómeno. A su juicio, la “armazón institucional y legal” que se creó tras las firma de los Acuerdos de Paz para consolidar las políticas culturales en torno al libro –como una Ley específica para este sector, en 1994– generó una especie de conformismo y acomodamiento, de creer que todo estaba hecho. “Aquel diálogo cultural se congeló y la consecuencia fue un estancamiento que se dejó sentir con mayor impacto a partir de mediados de la década del 2000. Esto se tradujo en una estructura [...] desfasada”. Algunas estadísticas muestran un importante deterioro, por ejemplo cuando se comparan las cifras del propio país de un año con otro. Así, por ejemplo, el número de títulos con ISBN registrados en 2016 se redujo un 8.6 % respecto al año anterior, según CERLALC (2017). Es decir, de 743 obras se disminuyó a 679. Según ese informe, países como Costa Rica y Panamá tuvieron una variación positiva en ese mismo período, del 54 y 26 % y en alza, respectivamente. La misma fuente señala que el número de títulos por cada 10 000 habitantes en 2016 es de 1.1 para El Salvador, mientras que para Costa Rica es el 4 y para Panamá el 3.1. Por otra parte, la industria editorial local exportó 25.8 millones de dólares entre 2011 y 2015. Las importaciones, en cambio, representaron 108 millones de dólares.

¿Qué hay de la producción digital? No es un formato aún muy explorado a nivel nacional. De acuerdo a las cifras recopiladas por CERLALC y la Unesco (2016), durante el primer semestre de 2016, el 93.7 % de los títulos registrados con ISBN fueron en formato físico y el resto, digitales.

En cuanto a la distribución de los agentes editores, el 20 % son comerciales, el 4 % entidades públicas, el 15 % universitarias, 10 % organizaciones privadas no editoriales y el 51 % son los propios autores o editores (CERLALC y Unesco, 2016). Los datos sobre estos últimos son ligeramente menores a los de la Cámara Salvadoreña del Libro de El Salvador. De acuerdo a esta institución, en el país existen 118 editoriales registradas, y el 75 % de estas son negocios de los mismos autores de los títulos que se autofinancian la producción sus obras (Gómez, 2014). En el país, algunos centros de estudios de educación superior, como la jesuita Universidad Centroamérica José Simeón Cañas (UCA) y la Universidad de El Salvador

son dos de los agentes que más producen. A nivel estatal, la labor corresponde a la Dirección de Publicaciones e Impresos (DPI).

Sin embargo, uno de los retos más importantes para esta industria cultural tiene que ver con los niveles educativos del país y el poco interés por la lectura de su población. De acuerdo a la OEI (2014), el 55 % de los salvadoreños no lee o casi nunca lee por razones de ocio o interés personal; cinco puntos más que el promedio centroamericano y 13 respecto a Latinoamérica. Por su parte, los que nunca o casi nunca lo hacen por motivos profesionales o de estudio representan el 44 %; eso sí, dos puntos porcentuales por debajo de la media de Centroamérica. Esa misma fuente señala que los salvadoreños leen en un año un promedio de 3.9 libros, que aunque superior al promedio centroamericano (3.5), es menor que el de México (6) o Uruguay (5.4).

VII. La prensa al alcance de un clic

Los medios de prensa escrita están concentrados en pocas manos. Los más tradicionales y de mayor tirada pertenecen a tres grupos editoriales asociados a tres familias de mucho poder económico con una postura editorial que va de la derecha moderada hacia la ultraderecha (Pérez y Carballo, 2013).

El primero es Grupo Dutriz. Bajo este paraguas se publica el centenario periódico *La Prensa Gráfica*, de alcance nacional, así como el autodenominado “primer periódico deportivo de Centroamérica”, *El Gráfico*, y uno de corte popular, *Mi Chero*; además, se dedica a la publicación de revistas independientes y especializadas en temas como belleza, moda y automovilismo. Por otro lado, Grupo Editorial Altamirano es propietario del tradicional y también de alcance nacional *El Diario de Hoy* y el periódico dirigido a clases populares, *Más!* De igual forma, editan revistas especializadas con las mismas temáticas que su competencia. Por último, Grupo Borja es dueño del *Diario El Mundo* y las revistas *Vida Sana*, *De Vacaciones* y el periódico regional *El Migueleño*, del este del país. A estos tres grupos comerciales se suma *Diario Co Latino*, periódico que funciona bajo la modalidad de cooperativa y es heredero de uno fundado en 1890, con lo que se convierte en el más antiguo de los vigentes en la actualidad. Su línea editorial ha sido claramente de izquierdas y su tirada menor en comparación con los medios de derecha (Pérez y Carballo, 2013).

Los cuatro, sin embargo, coinciden con haberse adaptado –en diferentes grados y posibilidades– al mundo digital. Grupo Dutriz y Grupo Altamirano han ido a la vanguardia. A mediados de los años noventa, ambos lanzaron sus páginas web que no eran más que “espejos de su publicación impresa” (Tamacas, 2016). *El Diario de Hoy* fue el primero en aparecer, el 5 de diciembre de 1995. Le siguió *La Prensa Gráfica*, en 1996. Desde entonces, sus versiones en línea han mutado hasta tener sus propios equipos humanos y cierta autonomía editorial. Ahora, además, poseen videos, transmisiones en vivo y presencia en redes sociales.

Sin embargo, de 2010 hasta hoy ha habido un brote de periódicos que nacieron directamente en internet. Aunque el primero medio de este tipo nació en 1998 (*El Faro*), es en la presente década que estos han aparecido con mayor fuerza. Ahora, medios como *La Página* y *El Blog*, junto a *Diario 1*, *El Salvador Times*, *El Periodista*, *Equilibrium* y *Revista Factum*, entre otros, los que conforman “una segunda etapa” en la historia del ciberperiodismo salvadoreño, caracterizada por el surgimiento de distintos proyectos informativos que no tuvieron (y probablemente) ni tendrán base impresa (Tamacas, 2016). Junto a ellos han aparecido muchos otros espacios nuevos, autodenominados también “periódicos digitales”, pero que no cuentan con medios de contacto, ni se conoce a sus propietarios o consejo editorial y no suelen firmar las notas, por lo que no está claro su papel.

La creciente oferta de medios de prensa, sobre todo digitales, dificulta la tarea de censar el número de personas que se dedica a ello. Sí se sabe, eso sí, que en 2016 estaban matriculados más de 8500 alumnos en carreras de Periodismo, Comunicación y similares, según la cartera de Educación.

VIII. Cine salvadoreño: siempre soñador, siempre cuesta arriba

Mientras la televisión y la radio son las industrias culturales locales más desarrolladas (al menos en infraestructura, generación de empleos, etc., no necesariamente en calidad), el cine se ha visto en serios problemas para establecerse como tal. Aun así, hay algunos indicios que parecen apuntar a un despegue que, aunque lento, parece alentador.

Corado (2010) había adelantado a finales de la década pasada que a El Salvador se le podía catalogar como un “país de producción ocasional”, puesto que dar vida a largometrajes año tras año no era la norma (entre 2003 y 2007 no se produjo más que uno, por poner un ejemplo). Y cuando lo hacía, el énfasis estaba puesto en documentales, con una alta dosis de inspiración en la guerra civil de los años ochenta. “En cambio, el cine de ficción todavía sigue siendo una promesa incumplida”.³ De aquel entonces a la fecha, ha habido un poco más de regularidad, existiendo al menos de media una producción anual, con lo que siguiendo aquella categorización de Corado, el país podría empezar a hacer méritos para ascender a “producción constante”, pero muy lejos aún de los de “producción alta”, como Brasil, México y Argentina.

Así, en la última década, han existido filmes de ficción como *Malacrianza* (Arturo Menéndez), *Volar* (Brenda Vanegas) y *La Rebusqueda* (Álvaro Martínez), que sumados a documentales como *María en tierra de nadie* (Marcela Zamora) y *Uno* (Gerardo Muyschondt y Carlos Moreno) ha dotado al cine salvadoreño de esa “constancia” a la que Corado hacía referencia.

3. Baldovinos y Escalón, 2013, p.52.

Otras acciones que suman al despertar de la cinematografía local tienen que ver con algunos esfuerzos del Estado o de organizaciones privadas. Instituciones particulares como la Escuela de Comunicación Mónica Herrera desarrollaron diplomaturas en el cine que han formado a jóvenes en guion, producción y dirección. También la jesuita Universidad Centroamericana ha apoyado festivales de cine regionales y capacitado personal en audiovisuales, entre otros aportes.

Del lado estatal, el Ministerio de Economía, a través de la Dirección de Innovación y Calidad y el Fondo de Desarrollo Productivo, ha puesto su parte. Este ente gubernamental creó los Premios Pixels, que consisten en dotar de recursos económicos a personas que presenten propuestas en diferentes áreas creativas, como la animación, el cine y los videojuegos. A la fecha, han invertido 3,7 millones de dólares que han propiciado la realización de 72 creaciones salvadoreñas originales entre animaciones, videojuegos y audiovisuales, con la participación de unos de 1840 salvadoreños.

Pero desde el Estado tampoco se ha hecho todo lo necesario. Se adeuda, por ejemplo, una ley de fomento al cine, como ya cuentan otros países latinoamericanos. Y aunque en 2016 se aprobó la Ley de Cultura, esta solo incluye disposiciones generales como que el Estado debe “fomentar y promover a través de la Política Nacional de Cultura la producción, distribución, exhibición, comercialización, investigación, formación y preservación de las obras cinematográficas” y otras por el estilo. Sin embargo, muchas de estas medidas aún no se aplican ni se tienen mecanismos prácticos para hacer efectivo lo que dice el papel. Existe, por cierto, un anteproyecto de ley preparado por la Asociación Salvadoreña de Cine y Televisión, ASCINE (fundada en 2008 para fomentar este arte en el país). Este, sin embargo, aún sigue en discusión.

Como señalaba Corado en 2010, “no se puede pensar en un Estado paternalista que lo va a resolver todo, pero tiene la obligación de promover reformas que permitan estimular a la empresa privada para apoyar la producción audiovisual”. Esta visión parece vigente hasta hoy. En ese sentido, también se necesita de inversión privada y que las universidades contribuyan a una capacitación más formal en la materia, incluyendo áreas transversales como la distribución y marketing de las películas. También, es importante rescatar lo que plantean Baldovinos y Escalón, “es un error seguir pensando en una resurrección milagrosa del esquema tradicional de un cine cuyo destino sean las salas de proyección”. Como ellos proponen, el futuro estará en un esquema de centros culturales “donde la proyección de películas vaya acompañada de otro tipo de actividades, conferencias o cine-fóruns, en la televisión, en la distribución de videos y, en un futuro cada vez más tangible, en la red Internet”.

IX. Las deudas del contenido radial y televisivo

En primer lugar, procederemos a dividir este apartado en dos: televisión y radio. Empezaremos por la televisión. De acuerdo a Greco (2016), existe un total de 42 canales. De estos, 35 están dedicados a la actividad privada o comercial y siete a la actividad no comercial, social o pública. Este autor, en un informe preparado para

la Superintendencia de Competencia, detalla que el principal jugador del mercado, Telecorporación Salvadoreña (TCS), obtuvo un 66 % de rating en 2014 y 71 % en la inversión publicitaria en TV abierta. Sus competidores son Grupo Megavisión y Canal 12, con 21.37 y 5.93 % en términos de audiencia, respectivamente, y 11.93 y 11.15 % en términos de participación en inversión publicitaria (Greco, 2016).

TCS tiene actualmente cuatro canales y dos emisoras de radio. Megavisión, por su parte, posee tres canales y ocho radios. Mientras que la Red Salvadoreña de Medios (RSM, que incluye a Canal 12) es propietaria de dos canales de televisión y una emisora de radio. A ellas, se les suman otras empresas con menor participación y audiencia, algunas con sede en San Salvador y otras en el interior del país.

Esta industria suele apostar poco por la producción local. Un estudio de Carballo (2013) reveló que solo el 44 % de los programas emitidos en los principales canales de la televisión salvadoreña eran producidos en casa. De esos 124 programas locales, la mayoría eran noticias o entrevistas (37). Además, muchas producciones domésticas que han tenido éxito responden, en realidad, a réplicas de franquicias extranjeras, principalmente “reality shows” de canto, baile o cocina. En cuanto al material importado, el 23.8 % procede de México y el 49.5 de las cadenas angloparlantes de Estados Unidos. Por su parte, las cadenas de televisión que funcionan en algunos departamentos o ciudades del interior del país sí apuestan por una programación más local e incluso cercana a la vida cotidiana de la población. Sin embargo, se resiente la falta de profesionalidad en temas como iluminación, escenografía y capacitación del personal, entre otros (Carballo, 2013).

En el apartado de radio, hay también grupos predominantes. Grupo Samix es uno de los más fuertes, junto a Corporación FM y Grupo Radio Stereo. La gran mayoría de estas emite principalmente música, aunque han existido a lo largo de los años algunas especializadas en noticias y deportes. Se ha popularizado en la última década, sin embargo, un formato de “radio-revista”. Se trata de algunos espacios que apuestan por los *talk shows* –tertulias–, en los que los conductores entrevistan políticos y analistas y comentan y debaten temas de interés nacional “con humor”. Así, el contenido también se vuelve repetitivo, como en televisión. Para el caso de las radios de cobertura nacional, el 71 % pertenecen al sector privado (Pérez y Carballo, 2013). De estas, la gran mayoría están afiliadas a la Asociación Salvadoreña de Radio Difusores (ASDER), institución que agrupa 125 emisoras de radio y televisión.

El resto lo constituyen pequeños porcentajes las radios públicas y las radios comunitarias. En cuanto a las primeras, se trata de medios más bien gubernamentales, al responder directamente al Ejecutivo (salvo algunas excepciones que pertenecen a la Asamblea Legislativa, por ejemplo). Esto le resta su carácter de “público”, pues dejan de velar por los intereses de la sociedad para estar al servicio del partido político en el poder. En cuanto a los comunitarios, no existe ninguna ley que respalde este tipo de medios. Aun así, 22 de ellas están agrupadas en la Asociación de Radios y Programas Participativos de El Salvador (ARPAS), que administra una única frecuencia asignada a ellas y dividida geográficamente en todo el país.

Por otro lado, tanto radio como televisión han ocupado las nuevas tecnologías para expandir su alcance. La gran mayoría transmite desde su página web y algunos utilizan las redes sociales, como Facebook o Instagram, para emitir en directo algunos de sus programas estelares. Además, las más poderosas, como TCS, han creado aplicaciones para teléfonos móviles, con lo que es posible ver su programación a través de los teléfonos móviles. Finalmente, la Superintendencia General de Electricidad y Telecomunicaciones (SIGET) tiene programado para 2018 el apagón analógico, para dar paso así la digitalización de la televisión en El Salvador, aunque sin garantías aún de que ese proceso favorezca una participación más democrática de la propiedad.

Además, existe una comunidad creciente de *videobloggers* y páginas creadoras de contenido para redes sociales. Estas, especializadas principalmente de humor, ganan cada día más vistas y suscriptores, en Facebook y YouTube. De hecho, un salvadoreño (FernanFloo, experto en videojuegos) es uno de los *youtubers* más reconocidos del mundo con 27 millones de suscriptores a fecha de abril de 2018. A diferencia de los canales tradicionales, estos sí apuestan por el contenido original.

X. Videojuegos: listos para avanzar de nivel

Aunque existen proyectos propios e independientes, uno de los mayores impulsos a los medios interactivos, llámese videojuegos, lo ha dado el programa Pixels, del Ministerio de Economía, a través de la Dirección de Innovación y Calidad, ya mencionada. Desde su creación en 2009, por Pixels han pasado 167 proyectos, con un total de 501 participantes involucrados. De igual forma, desde 2013 a 2016, a través de Pixel Pro Videojuegos, se han entregado 620 000 dólares a 14 proyectos, que han generado 136 empleos, principalmente entre los jóvenes. Algunos resultados derivados de esos procesos incluyen la participación en ferias como la de Licensing Expo, en Las Vegas, y en la 31ª edición de Game Developers Conference. Además, se desarrollaron para PlayStation títulos como “Nightmare from beyond”, mientras que el videojuego “Orbit Drop” fue recomendado por Apple AppStore como uno de los mejores en su categoría.

Este impulso a la industria de contenidos interactivos requiere, sin embargo, la conjugación de muchos factores más para que logre avanzar a un nivel más profesional. Por ejemplo, se requiere que las universidades e institutos técnicos capaciten a los jóvenes en dos áreas concretas: animación y programación. Sin esta aportación no se puede aspirar a tener una industria sólida capaz de competir con la de otros países emergentes en la región. De igual forma, y debido a las características transnacionales de esta industria cultural, también el inglés es factor importante, el cual, muchas veces, debe ser técnico. Los retos en ese sentido son bastantes.

XI. La diversificación del diseño y un breve repaso por la arquitectura

Desde que se crearon los estudios formales en Diseño en El Salvador en los años 70, este ha aportado soluciones diarias en el tejido productivo de la sociedad y ha hecho crecer la demanda creativa del sector productivo (Campos, 2010).

Aunque no existe un censo actual que identifique cuántas personas se dedican a este sector, una investigación de Carmen Campos (2010), en la que entrevistó a 104 diseñadores de diferentes especialidades (gráficos, ambientales, artesanales, industriales y otros), permite tener un panorama relativamente reciente sobre la realidad laboral del subsector. El estudio determinó que los profesionales han elaborado una media de 8 diseños por persona que han sido vinculados al mercado. Destaca que solo el 23 % ha protegido el diseño ante los registros de propiedad intelectual y que el 44 % desconoce los procedimientos o no sabe sobre el tema. Además, se estima que el 63 % de sus diseños están dirigidos a la exportación, a países como Canadá, Estados Unidos, Inglaterra, España, Alemania, toda Centroamérica y otros (Campos, 2010).

En los últimos años también existe una mayor oferta educativa en diseño. Después de que a finales de los años 70 la enseñanza estuviera enfocada en el diseño gráfico en una sola universidad, ahora podemos hablar de especialidades en diversos centros de estudio, en ramas como diseño de productos artesanales, diseño estratégico, diseño ambiental y diseño industrial. Entre técnicos y licenciaturas, los alumnos matriculados en 2016 sumaban 3777, según el Ministerio de Educación.

Para el caso de la Arquitectura, y de acuerdo a Ferrufino (2013) persiste una “elevada” producción de profesionales de alrededor de 200 al año. Según datos del Ministerio de Educación, la matrícula en la carrera de Arquitectura para 2016 fue de 3778 alumnos. Este sector se enfrenta a diferentes escollos: limitada preservación patrimonial, vacíos en el marco regulatorio, mercado de la construcción deprimido y débil actividad gremial (Ferrufino, 2013).

XII. Conclusiones

Las últimas tres décadas, las posteriores a la guerra civil salvadoreña, han significado un renacer para sectores como las artes plásticas, la música popular, los museos, el cine, la televisión, la prensa, las artes interactivas y otros sectores culturales, aunque a diferente velocidad, según cada caso. La libertad de expresión, la facilidad de asociación y la necesidad de manifestarse ante una sociedad herida y en reconstrucción como la de los años 90, así como el regreso de talentos que habían migrado años atrás y el empuje de las nuevas tecnologías en el nuevo siglo, lo han permitido.

Ese, que es un hecho para sentirse optimista, no debe, sin embargo, ocultar las carencias que aún persisten y que no permiten a las industrias culturales creativas salvadoreñas desarrollarse en plenitud. Así, aunque en la mayoría de sectores exis-

ten iniciativas independientes, esfuerzos particulares, algunos aportes económicos estatales focalizados y talento humano, se debe remarcar varias deficiencias que no permiten la profesionalidad y el pleno desarrollo del sector. Se puede decir que se trata de una creatividad muy presente y diversa, pero desamparada.

Por un lado, se necesitan políticas de Estado más claras. Si bien en 2016 se aprobó una Ley de Cultura que sienta las primeras bases al respecto. Se dejaron de lado apoyos que hubieran sido más concretos, como mecanismos específicos para fomentar el cine o la programación de música nacional en la radio. También se anunció en 2018 la creación de un Ministerio de Cultura, que daría más peso al actual SECULTURA. Sin embargo, esta transformación no se ha materializado.

La formación profesional es otro de los grandes escollos. Casi todos los sectores reclaman la falta de espacio para capacitarse formalmente, una culpabilidad compartida entre el Estado y las universidades privadas. Se cerraron estudios formales en artes y los esfuerzos que se hacen para restablecer alternativas al respecto son aún débiles, dejando casi todo en manos privadas sin carácter formal, con excepciones como la arquitectura, las artes plásticas, el diseño y el periodismo. Los centros de educación superior privados tampoco apuestan de lleno por establecer carreras que entreguen profesionales en áreas demandadas por la música o el cine, por ejemplo. En todo caso, se olvida que estas industrias solicitan una amplia variedad de disciplinas. El teatro no solo requiere actores; si no también de escenógrafos; los videojuegos no solo necesitan animadores digitales, también requieren de informáticos con conocimiento del mercado. Se necesita, pues, especialización.

Tampoco se puede creer inocentemente que el desarrollo de nuevas tecnologías dará mágicamente oportunidades a los artistas de crear y sobre todo difundir sus productos. La brecha digital es aún latente, sobre todo en las zonas rurales del país. Democratizar el acceso a estos recursos –por ejemplo: el internet y la digitalización de la televisión y la radio– es un paso necesario para que todos puedan disfrutar por igual de estas nuevas oportunidades. Si no, esa ventaja será solo de los pocos que tienen acceso, e incluso en el caso de que fueran muchos, se verían beneficiados solo aquellos que están debidamente formados y pueden sacarle el mejor provecho al recurso.

Los creadores tampoco pueden quedarse sentados a la espera de que el Estado resuelva todo. La autoformación sigue siendo una posibilidad, al igual que las becas extranjeras. Mientras que las campañas de *crowdfunding* (o micromecenazgo) son una manera, muy en boga, para obtener donaciones y poder financiar proyectos; al igual que las redes sociales son una nueva, eficiente y barata forma de difusión y promoción. También, para el caso de los músicos, deben seguir apostando por la originalidad y el cine por ampliar sus temáticas. De igual forma está pendiente un registro completo de autores y de obras en todos los subsectores, lo que pasa por realizar estudios, encuestas y censos.

Finalmente, hay que prestar mucha atención a los públicos. Ir a recitales, al teatro, a los museos, a conciertos o leer libros suelen ser tareas que aún no son una práctica común para buena parte de la sociedad salvadoreña, preocupada más

por obtener o mantener un empleo o por no ser víctima de la violencia diaria. En ese sentido, por un lado, el Estado debe facilitar el acceso de las personas a los productos culturales. Esto implica, por ejemplo, abrir y descentralizar escenarios para representaciones artísticas y promocionar el consumo de música, libros, películas, programas de televisión, videojuegos y demás creaciones locales. Por el otro, también se debe invertir en formar culturalmente a la población. Solo una audiencia conocedora podrá valorar la creatividad de los artistas y, por lo tanto, pagará por ellos y les exigirá cada vez más. Y solo así se entraría en un círculo virtuoso que beneficiaría a todos: creadores, Estado, empresa privada y audiencias. Sería, además, una forma de amparar esa creatividad que, por lo pronto, camina más sola que acompañada.

XIII. Referencias bibliográficas

- ARGÜELLO, L. (2017). *Artes plásticas en El Salvador*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- BALDOVINOS, R. y ESCALÓN, C. (2013). *Cine y Televisión. Análisis de situación de la expresión artística en El Salvador*. San Salvador: Fundación AccesArte.
- BREUKEL, C. Y VEGA, S. (2014). *Y.E.S. Coleccionar el Arte Contemporáneo de El Salvador*. The Robert S. Wennett and Mario Cader-Frech Foundation, Inc.
- CAMPOS, C. (2010). “Realidad Profesional de los diseñadores. Caso El Salvador, situación profesional y posibilidades del diseño” en. *Revista AKADEMOS* n°9. Universidad Dr. José Matías Delgado.
- CARBALLO, W. (2013). “El Salvador. Despertando de a poco desde lo local” en O. Rincón, *Zapping tv: el paisaje de la tele latina* (p. 221-231). Bogotá: Friedrich-Ebert-Stiftung.
- CORADO, C. (2010). *Diagnóstico sobre las políticas de fomento a la industria cultural del cine en Latinoamérica*. Tesis para optar al grado de maestro. San Salvador: UCA.
- CERLALC (2017). *El libro en cifras*. Volumen 11. Bogotá: CERLALC.
- CERLALC Y UNESCO (2016). *El libro en cifras*. Volumen 10. Bogotá: CERLALC.
- EQUILIBRIUM (2017). “*Debemos dejar de ser divos y ser más pensantes y críticos*”. Periódico Equilibrium. Consultado el 20/03/2018 en <http://www.periodicoequilibrium.com/hector-hernandez-debemos-dejar-divos-mas-pensantes-criticos/>
- FERRUFINO, C. (2013). *Arquitectura. Análisis de situación de la expresión artística en El Salvador*. San Salvador: Fundación AccesArte.
- GRECO, E. (2016). *Condiciones de competencia en la televisión abierta en El Salvador*. San Salvador: Superintendencia de Competencia.
- GÓMEZ, E. (2014). *El Salvador, uno de los países con más bajo nivel de lectura*. Diario Co Latino. Consultado el 2/04/2018 en <http://www.youblisher.com/p/925049-Edicion-impresa-27-de-junio-de-2014/>
- MINISTERIO DE EDUCACIÓN (2017). *Resultados de la información estadística de instituciones de educación superior 2016*. San Salvador: Ministerio de Educación, Gobierno de El Salvador.
- OBSERVATORIO IBEROAMERICANO DE MUSEOS (2013). *Panorama de los museos en Iberoamérica. Estado de la cuestión*. Madrid: Ibermuseos y Ministerio de Educación, Cultura y Deportes.

- OEI (2014). *Encuesta Latinoamericana de hábitos y prácticas culturales*. Madrid: OEI.
- PÉREZ, R. y CARBALLO, W. (2013). El mapa de medios en El Salvador. En O. Pérez (Ed.), *Comunicación, información y poder en El Salvador* (pp. 45-76). San Salvador: Fundación Comunicándonos.
- ROSALES, M. (2013). *Música. Análisis de situación de la expresión artística en El Salvador*. San Salvador: Fundación AccesArte.
- SALOMÓN, R. y CÓRDOVA, A. (2015). *Teatro. Análisis de situación de la expresión artística en El Salvador*. San Salvador: Fundación AccesArte.
- TAMACAS, C. (2016). “El Salvador” en R. Salaverría, *Ciberperiodismo en Iberoamérica* (págs. 145-167). Madrid: Fundación Telefónica.
- WILMER MERINO (2006). *Música Tropical: bonita, pero copiando*. El Salvador: La Prensa Gráfica.
- Directorio**
- Asociación Salvadoreña de Radiodifusores (ASDER): <http://asder.com.sv/>
- Asociación Salvadoreña de Cine y Televisión (ASCINE): <http://ascineelsalvador.blogspot.com/>
- Cámara Salvadoreña de Artesanos (CASART): <http://netlabsv.net/demo/casart/index.php?lang=1>
- Cámara Salvadoreña del Libro (CAMSALIBRO): <https://es-la.facebook.com/filcen.camsalibro/>
- Museo de Arte de El Salvador (MARTE): <http://marte.org.sv/>
- Premios Pixels: <http://www.innovacion.gob.sv/servicios/premio-pixels.html>
- Secretaría de Cultura de la Presidencia (SECULTURA): <http://www.cultura.gob.sv/>